



## Diez miradas sobre Juan Valencia

Francisco Ruiz Noguera

### 1

El 25 de mayo de 1990, el Ateneo de Málaga celebró un homenaje en memoria de Juan Valencia, que había muerto dos meses antes, el 16 de marzo. Participamos en él varios amigos del poeta —Pablo García Baena, Alfonso Canales, José Ruiz Sánchez, Antonio Romero Márquez— con intervenciones que un mes más tarde —el 30 de junio— fueron parcialmente recogidas —junto a otros textos de Antonio Soler, Juan Campos Reina y Juan Manuel Cabezas— en un monográfico que le dedicó *Sur-Cultural*, suplemento del malagueño diario *Sur*. Unos años después —a finales de 1995—, cuando preparé el primer número de la revista de poesía *El Laberinto de Zinc* —publicado en enero de 1996—, le comenté a Soler —a quien Margarita Fórmica, esposa del poeta, había hecho depositario de su obra inédita— mi propósito de iniciar la revista con algunos inéditos de Juan. Así se hizo, y en la nota de presentación a los cinco poemas elegidos, reparaba Antonio Soler en que «El silencio sigue pesando sobre Juan Valencia después de algunos furtivos intentos por dar a conocer su obra y perpetuar su memoria». Es de esperar que la publicación de su *Poesía Completa* —que preparé hace unos cinco años y que, corregidas ya segundas pruebas hace unos cuatro, sigue aún, inexplicablemente, en ese limbo de los libros llamado «en prensa»— así como esta iniciativa de *Campo de Agramante* contribuyan a levantar el peso de ese silencio.

### 2

En su *Tiempo de guerras perdidas*, habla Caballero Bonald de un busto del padre Coloma situado en una plaza jerezana que hay detrás de la casa donde nació el general Primo de Rivera. Y cuenta Caballero cómo, en su adolescencia, él y otros «jóvenes letraheridos» —para contrarrestar el «acusado tinte provocativo» que, en su criterio, tenía «una primorosa inscripción donde se proclamaba lo honrado que se sentía el pueblo de Jerez por contar entre sus hijos a aquella lumbrera de las letras patrias, por no decir universales— decidieron desmontar el busto de su pedestal. Cuando, al



amparo de la noche, terminaron la operación, se les planteó el problema de «no saber qué hacer con él»; recuerda Caballero Bonald que «Juan Valencia, un digno y malogrado poeta que fue mi mejor amigo de entonces, se ofreció con temeraria diligencia a llevárselo a su casa para celebrar allí al día siguiente un nuevo acto de agravio. Pero lo que terminamos haciendo no fue otra cosa que cargarlo a duras penas hasta la casa natal de Primo de Rivera, en cuya puerta lo depositamos»<sup>1</sup>.

Juan Valencia había nacido en Jerez de la Frontera el 10 de septiembre de 1928. La anécdota anterior sucede en plena posguerra, de manera que corresponde a un momento de formación y afirmación de la personalidad de un grupo de jóvenes que, según recuerda Caballero Bonald: «Formábamos como un frente iconoclasta cuya principal estrategia consistía en escandalizar al personal con toda clase de descaros y excentricidades»<sup>2</sup>.

Son los años de formación literaria, el tiempo de las primeras lecturas decisivas, que son coincidentes en el caso de los dos jóvenes amigos, los años en que Juan Valencia va escribiendo los primeros poemas del que será su primer libro: *Relox de primavera* (1947). Es por entonces cuando, de forma casual, conoce a Pablo García Baena; así lo recuerda el poeta cordobés en el texto —«Elegía terrestre»— que publicó en el mencionado homenaje que *Sur-Cultural* le dedicó a Valencia en junio de 1990<sup>3</sup>:

Conocí a Juan Valencia en la primavera de 1947. Se puede decir que fue Rafael Alberti quien nos presentó: leía yo su poesía editada en *Cruz y Raya* por el ensombreado paseo de un jardín cordobés, cuando Juan Valencia, intrigado por aquel lector absorto en canciones de mar y verso, de lejanos esteros brilladores, se acercó y me preguntó algo, quizá una dirección. Luego, sabidos ya los nombres y los gustos comunes —su poesía estaba entonces a la orilla de Alberti—, me dijo, y esta fue mi sorpresa, que había leído *Rumor oculto* aparecido un año antes en la revista madrileña *Fantasia*. Él preparaba ya la edición de su primer libro, *Relox de primavera*.

<sup>1</sup> José Manuel Caballero Bonald: *Tiempo de guerras perdidas. La novela de la memoria, I*, Barcelona, Anagrama, 1995, pág. 110.

<sup>2</sup> *Ibidem*.

<sup>3</sup> El texto —ahora con el título «La noche pasajera»— ha sido recogido, con posterioridad, por Pablo García Baena en el volumen *Los libros, los poetas, las celebraciones, el olvido*, Ed. Huerga & Fierro, Col. La Rama Dorada, nº4, Madrid, 1995, págs. 161-164.



Se inició, así, una amistad que no aminoró con los años. Me ha hablado Pablo García Baena de su correspondencia con Juan durante aquel tiempo y de que, en cierto modo -cuando unos meses después apareció el primer número de la revista *Cántico*-, Juan fue como una especie de corresponsal en Jerez; incluso, llegó a conseguirles algunas suscripciones.

A pesar de esas andanzas juveniles, en grupo, a que se refiere Caballero Bonald, Juan Valencia siempre fue -casi por destino, se diría- un solitario. En carta a Pablo García Baena, escribe: «Continúo en mi soledad aquí en el campo, en mi casa que está sobre un cerro y teniendo frente, aunque más baja, la Cartuja de Santa María de la Defensión».

Juan Valencia fue alejándose paulatinamente de aquel grupo de amigos y abandonó pronto Jerez. Se trasladó a Sevilla donde, al poco tiempo, conoció a Margarita Fórmica, con la que pronto se casa. Por esos años, empieza sus estudios de Filosofía y Letras: en las Universidades de Salamanca y Valladolid termina los cursos comunes, y finalmente, en Sevilla, acaba la licenciatura.

Ya en la década de los años cincuenta, el matrimonio se establece en Málaga y Juan se dedica a la enseñanza, durante tres años, en el colegio de los agustinos. Cambio radical de actividad en los años siguientes: se traslada a Pizarra (un pueblo malagueño del valle del Guadalhorce) donde, también durante tres años, se dedica a la agricultura. Durante esos años, Juan Valencia entra en contacto con el grupo que se reúne en torno a la revista malagueña *Caracola*: José Luis Estrada Segalerva, Bernabé Fernández-Canivell, Alfonso Canales, Vicente Núñez, Enrique Molina Campos, Rafael León, María Victoria Atencia.

Es éste, para Juan Valencia, un tiempo de apartamiento, de soledad y de enfermedad; un tiempo en el que se encierra en su propio mundo. La publicación en Adonais, a finales de 1973, de las *Elegías terrestres* vino a rescatarlo, en parte, del aislamiento; en la nota editorial de la solapa, leemos: «Un prolongadísimo silencio, debido en gran parte a problemas de salud, es el que rompen estas *Elegías terrestres* [...]. Nos alegra que este libro devuelva a la circulación normal de la poesía un nombre que suponíamos definitivamente perdido y da ahora prueba bien cumplida de su madurez.»

Desde entonces, sus libros fueron apareciendo con cierta regularidad<sup>4</sup>;

<sup>4</sup> La bibliografía de Juan Valencia, incluyendo libros y cuadernos, es la siguiente: *Relox de primavera*, Sevilla, Gráficas del Sur, 1947. *La noche gira hacia su fin*, Málaga, Cuadernos de Poesía, 1959 [cuaderno]. *Elegías terrestres*, Madrid, Colección Adonais, 1973. *Sonetos estelares*, Málaga, El Guadalhorce, 1977. *Destino completo*, Málaga, Torre de las Palomas, nº 6, 1980 [cuaderno]. *Canto de sazón*, Jerez de la Frontera, Excma. Diputación Provincial de Cádiz: Colección Arenal, 1984. *30 nuevos poemas*, Córdoba, Excmo. Ayuntamiento: Colección Premios de Poesía Ricardo Molina, 1986. *Bajo la luz interminable*, Málaga, Excma. Diputación Provincial: Colección Puerta del Mar, 1986. *5 poemas inéditos*, Málaga, El Guadalhorce, 1988 [cuaderno]. *La senda sin retorno*, Madrid, Endymion, 1989. *7 poemas*, Málaga, Ateneo, 1990 [cuaderno]. *Juan Valencia*, Málaga, Centro Cultural de la Generación del 27, 1991 [cuaderno].



sin embargo, Juan Valencia se mantuvo hasta el final replegado en sí mismo, sólo en contacto con los que le eran más cercanos. Algo de esta retracción había visto ya, años antes, Caballero Bonald en el que fue su último encuentro con el amigo de adolescencia. Así lo recuerda en *Tiempo de guerras perdidas*:

Sólo coincidí con Juan una sola —y última— vez, ya en Madrid, adonde había ido a solventar no sé qué papeleos de su licenciatura en filología hispánica. Leí en su cara como el amago prematuro de una desconexión, como si ya hubiésemos aceptado el preaviso de que no íbamos a volver a vernos. Sabía que su salud era precaria y que menudeaban sus depresiones.

3

En octubre de 1947 termina de imprimirse, en Gráficas del Sur, de Sevilla, el primer libro de Juan Valencia, *Relox de primavera*, que aparece con prólogo de José María Pemán. Señala allí Pemán la que va a ser una característica continuada en la obra del joven poeta: «Juan Valencia nace a la Poesía, y casi a la vida, con unos ojos anchamente asombrados del simple hecho radical de "ser", de existir».

*Relox de primavera* es un libro que tiene mucho de ejercicio de estilo pero que revela la voz de un poeta joven —fruto del decir y del discurso poético de su tiempo— que está buscando su camino propio, y que —aunque en moldes y formas que deben demasiado a alguna de las corrientes imperantes en el momento— deja entrever atisbos de una voz propia. Con esta escueta nota se reseñaba la aparición del libro en la revista *Cántico*: «La poética entrega al mundo exterior y el lirismo girante en torno al yo aislado se contrapesan y equilibran en este primer libro de Juan Valencia, tan lleno de espontaneidad y de donosura»<sup>5</sup>.

Tuvo buen tino el anónimo redactor<sup>6</sup> del texto, porque, en efecto, ese equilibrio entre la «entrega al mundo exterior» y lo «girante en torno al yo aislado» van estar muy presentes en toda la obra poética de Juan Valencia.

---

<sup>5</sup> *Cántico*, nº 5, Córdoba, junio de 1948, pág. 13. Cito por la edición facsímil que, con prólogo de Abelardo Linares, editó la Excma. Diputación Provincial de Córdoba en 1983. pág. [79].

<sup>6</sup> Pablo García Baena me confirma que esta nota, como todas las que aparecen sin firma en *Cántico*, la escribió Ricardo Molina.



Casi treinta años separan la salida de *Relox de primavera* y la publicación de *Elegías terrestres*, su segundo libro, que —según figura en el colofón— «se acabó de imprimir el día 26 de diciembre de 1973», aunque aparece con pie de 1974. A pesar de los problemas de salud que acosaron a Juan Valencia, no es ése, sin embargo, un tiempo de esterilidad creadora ni de total silencio. En algunas revistas, aunque espaciadamente, van apareciendo muestras de la obra en marcha: *Cántico* (1948), *Caracola* (1955 y 1961), *Cuadernos de Poesía* (1955), *Cuadernos de Ágora* (1964), *Cuadernos Hispanoamericanos* (1964).

En esos nuevos poemas la voz de Juan Valencia está ya lejana al inicial *Relox de primavera*; indudablemente, sus intereses y su forma de expresión están en el camino de lo que han de ser las *Elegías terrestres*. El tono que va adquiriendo la voz de Juan Valencia está muy cercano a una de las corrientes que por aquellos años se observa en la nueva poesía española: la llamada «poesía existencial» que es la que predomina, por ejemplo, en la *Antología consultada de la joven poesía española*<sup>7</sup>, publicada por Francisco Ribes en 1952.

Quince años, al menos, duró la gestación de las *Elegías terrestres*. Estamos ya ante un libro de madurez compuesto por seis poemas extensos.

Ha de tenerse en cuenta que ya desde la antigüedad el término *elegía* hacía referencia a un tipo de composición caracterizado más por lo formal que por lo temático, hasta el punto de que cabía en ella tanto «la tristeza y el dolor por la muerte de alguien [como] la alegría que se debe al amor»<sup>8</sup>. Las elegías de Juan Valencia están más cercanas a la exaltación que a la queja. Lo que busca y expresa Juan Valencia en estos poemas es la exaltación de la tierra y la comunión con toda la Naturaleza. Si a veces aparece la queja, es por un sentido del tiempo que no se presenta como traumático sino como un elemento más que forma parte del orden de lo natural. Por eso, incluso la muerte se ve como una culminación: como el punto más logrado de un proceso, y así, todo lo ligado a la vida se concibe como una

<sup>7</sup> Francisco Ribes. *Antología consultada de la joven poesía española*, Valencia, Marés, 1952.

<sup>8</sup> Angelo Marchese / Joaquín Forradellas: *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*, Barcelona, Ariel, 1986.



preparación, como un ir tallando el propio esplendor que habrá de darse en el momento en que «la tierra un día a su cálido abrazo te reclame».

5

Por los mismos años en que Juan Valencia escribe *Elegías terrestres*, compone los *Sonetos estelares*, que el poeta fecha en 1962, aunque no se publiquen —en las ediciones de Ángel Caffarena— hasta quince años más tarde. Los *Sonetos estelares* son, en cierto sentido, como un correlato de las *Elegías terrestres*. Si en las *Elegías* encontrábamos una afirmación marcadamente positiva de los valores de la Tierra, en los *Sonetos* hallamos un tono existencial y meditativo: una concepción de la vida como *nada*, lo que lleva a ver la muerte como liberación: «Definitivamente dividido, / sin esperanza alguna en la mañana, / el fin del tiempo irredimible esperas».

Si en las *Elegías* Juan Valencia estaba en el ámbito de lo que se ha llamado la *poética de lo diurno*, ahora es lo *nocturno* y sus terrores lo que se impone. Por otra parte —y en contraposición con la cercanía y la valoración positiva de lo terrestre, que era motivo central en el libro anterior—, hay un sentir de extrañamiento ante el cielo —como fuerza contrapuesta a la tierra— y ante unas leyes del destino a las que el hombre —según la concepción que aquí ofrece Valencia— nada puede oponer:

La bipolarización *día/noche* como expresión simbólica de lo jubiloso y cercano frente a la lejanía y la desazón se hace más patente con la aparición de algunos textos en que el amanecer y la luz ponen un punto de esperanza al nihilismo generalizado del libro. Del mismo modo, la contraposición *tierra/cielo* —también expresión simbólica de *arraigo* frente a *desarraigo*, de verdad única (*tierra*) frente a lo inalcanzable y ajeno (*cielo*)— queda claramente expresa en algunos de los sonetos.

6

*Canto de sazón* (escrito entre 1975 y 1978) continúa y profundiza en el ciclo abierto con las *Elegías terrestres* y los *Sonetos estelares*. La visión del mundo y la posición ante él no sufren quiebra alguna, aunque, en lo expresivo, hay una mayor depuración que contribuye a ese ahondamiento.

Los elementos de la Naturaleza (el sol, el mar, el viento, un espino como ofrenda de la tierra, el árbol...) son los referentes de un ámbito que,



partiendo siempre de la contemplación de lo inmediato, alcanzan un valor trascendido de universalidad. *Canto de sazón* es un canto a la plenitud lograda por la comunión del poeta con su entorno: momento casi de éxtasis en que —es inevitable el recuerdo de la conocida décima de Jorge Guillén— se anula el tiempo. Pero en la poesía de Juan Valencia late un profundo sentir humanístico, de manera que esa plenitud de lo natural no sería nada si no tuviera por referencia última al hombre; el hombre como un elemento más de lo natural pero imprescindible para darle entidad y justificación: «Todo en la vasta noche, / alienta por ti. Todos / sus caminos te esperan. Por ti sólo / florecen sus luces. Para ti sólo / —su vivo oído—, vierte sus acordes.

Hasta tal punto la percepción del entorno y la posterior expresión poemática es, en la poesía de Juan Valencia, reflejo de su mundo interior que el texto delata el *estado de ánimo* de un yo que se instala en la tradición romántica de identificación *vida=poesía*. A lo variado y cambiante de esa percepción de talante romántico responde el hecho de encontrar poemas en que la unión y reconciliación con el mundo parecen rotas, sin que el poeta, que se interroga a sí mismo con extrañamiento, encuentre respuesta satisfactoria.

Libro, en fin, de afirmación y gozo en que el mundo se ve —en un acercamiento al panteísmo— no como creación sino como emanación del mismo Dios.

7

Entre 1981 y 1984, escribe Juan Valencia los poemas que luego reunió en dos libros publicados en 1986: *30 nuevos poemas* y *Bajo la luz interminable*. En realidad, ambos libros están dentro del ciclo de plenitud y celebración —expresión de una *poética de lo diurno*— que ya se daba abiertamente en *Canto de sazón*.

Aparece en ellos, de forma recurrente, una insistencia en esa comunión con lo natural a la que ya nos hemos referido: el hombre como un elemento más —pero elemento básico, puesto que es *el que percibe*— en armonía con el mundo.

En un proceso de esencialización que, en algún momento, recuerda la evolución de la poética juanramoniana, la voz de Juan Valencia se ha ido haciendo más pura, más ajena a lo accesorio. El sentido de plenitud y armonía es tal que incluso la mirada al pasado, el recuerdo, que en otro



tiempo había sido camino para la melancolía es ahora una razón más para la celebración.

8

Las dos últimas publicaciones de Juan Valencia —5 poemas inéditos y *La senda sin retorno*— suponen un giro total en su poesía: si casi toda su obra anterior —sobre todo *Canto de sazón*, *30 nuevos poemas* y *Bajo la luz interminable*— es una abierta celebración de la Naturaleza, de la luz y de la vida, las dos últimas entregas —sobre todo *La senda sin retorno*— son la expresión desnuda del desengaño, de la desolación y de la muerte.

En cierta medida, los 5 poemas inéditos marcan el punto de inflexión entre la celebración anterior y la desolación del libro siguiente: los elementos naturales siguen acudiendo al poema, pero la percepción que de ellos se tiene es bien distinta, la proyección del yo sobre el entorno se resuelve en un tono sombrío.

Ya hablé antes de la fusión entre vida y poesía que se observa en la obra de Juan Valencia, por eso ahora, ante un acusado sentido de soledad («Todo en fin me rodea,/ todos los elementos/ en gigantesca ronda./ Solo, solo estoy»), ante la enfermedad y la premonición —e incluso el deseo— de la muerte («Y tú que sólo buscas/ el silencio total,/ solicitas el sueño,/ anticipo y fruición/ incomparable de la muerte») y ante el total desasimiento, la palabra encarna lo que es la realidad del poeta en esos años finales.

Nada más lejos del fingimiento o la impostura que su último libro, desgarrado, estremecedor. Quien tanto había exaltado el amanecer, la luz y el mediodía, escribe en *La senda sin retorno*: «Ansío que decline/ ya la luz/ que tanto tiempo/ para mí hermosa brillara,/ pues el corazón se siente exhausto».

La vida ha dejado de ser para el poeta un motivo de júbilo: sin llegar a negarla, deja tan sólo que pase junto él —lo mismo que la muerte— como algo que forma parte de un destino ante el que ya no cabe más que la aceptación serena.

9

Salvo en algunos casos, Juan Valencia tenía la costumbre de fechar sus libros, por eso sabemos que su escritura fue especialmente prolífica en



la década de los ochenta: nueve libros —además de la corrección y ampliación de los *Sonetos estelares*, y de la publicación de un breve cuaderno: *5 poemas inéditos*— compuso durante los diez últimos años de su vida. De ellos, sólo tres llegaron a publicarse: *30 nuevos poemas*, *Bajo la luz interminable* (ambos escritos entre 1981 y 1984) y *La senda sin retorno* (escrito en 1985). De manera que, a su muerte, Juan Valencia dejó seis libros inéditos (todos ellos dedicados «a Margarita», su mujer). Entre 1984 y 1985 —coincidiendo, en parte con la gestación de *La senda sin retorno*— corrige y amplía en quince poemas los *Sonetos estelares*, cuya primera versión era de 1962; entre 1986 y 1987, escribe *Versos de un solitario*; en 1987, *Cantos a la noche*; en 1988 escribe *Nuevos sonetos*; por último, sin fechar en el original pero en carpetas que van de 1988 a 1990, tres libros más: uno con título de resonancias machadianas: *Palabra en el tiempo*, y los dos que, al parecer, fueron los últimos escritos: *Júbilos* y *Poemas finales*.

10

Esta nueva lectura de la poesía de Juan Valencia me confirma en lo que escribí hace unos años<sup>9</sup>: la poesía de Juan —poeta verdadero— está presidida por la mirada, una mirada atenta, muy especialmente, a la exaltación de la luz como símbolo del esplendor de la vida; una contemplación, la suya, cercana, en ocasiones, a una suerte de comunión casi mística con la naturaleza; pero una poesía —asombrosamente premonitoria a veces— en la que también está presente esa otra parte del *ser* que es el asedio de la *nada*.

---

<sup>9</sup> Francisco Ruiz Noguera: «Juan Valencia», Suplemento *Sur-Cultural* (Monográfico dedicado a «Juan Valencia 1928-1990, in memoriam»), diario Sur, Málaga, 30 de junio de 1990.

